

CAPITULO XIII.

Diciembre de 1858.

Miramón, desde Tepatitlán, ofrece indulto y dinero á los liberales que abandonen sus banderas, de lo contrario los conmina con la muerte.—Avanzan los reaccionarios hacia el Puente de Tololotlán.—Ataque de dicho Puente.—Movimiento de Miramón para atacar forzando el paso del Río Grande por Poncitlán.—Batalla de San Miguel.—Parte de Miramón en que hace constar fusiló á todos los oficiales prisioneros.—Rectificaciones del general Blanco sobre los combates de Poncitlán y San Miguel.—Los liberales abandonan á Guadalajara, se retiran al Sur y Miramón nombra á Quintanilla gobernador de Jalisco.—Marcha de Miramón persiguiendo á Degollado, toma á Colima, y fusila sin formalidad legal y friamente al diputado al Congreso de la Unión Daniel Larios.—Batalla de San Joaquín.—Plán de Navidad. Zuloaga depuesto de la presidencia.—Manifiesto de Juárez desde Veracruz.

El día ocho de diciembre, reunido Miramón con sus tropas á las de Márquez, en Tepatitlán, tomó como se dijo, el mando en jefe del ejército el mismo Miramón; con esa misma fecha, expidió éste un decreto declarando que todos los individuos que continuaran en las filas liberales, que cayeran en poder de sus tropas, serían irremisiblemente pasados por las armas si no acogían el indulto que les ofrecía, en los términos siguientes: á los oficiales que estuviesen condecorados con el empleo de subteniente ó capitán, inclusive, les reconocía sus

empleos si se le presentaban antes del combate: á los individuos de la clase de tropa que abandonaran las filas que se le presentaran montados ó armados, recibirían además una gratificación de veinticinco ó diez pesos, respectivamente, siempre que se le pasaren antes de emprender la operación de forzar el paso de Tololotlán, pues los que lo hicieran en los momentos de la acción sólo recibían la mitad de lo ofrecido; y por último, concedía una gratificación de dos pesos por plaza, á los que se le presentaran acaudillando un grupo, sin perjuicio de lo que había de recibir cada individuo, como se ha dicho.

El día nueve, avanzó Miramón con todas las fuerzas de Tepatitlán para Zapotlanejo, donde se hallaba la vanguardia del ejército federal, mandada por el general Esteban Coronado, quien, al sentir el movimiento de Miramón, se replegó para el Puente de Tololotlán. El diez continuó su avance el ejército reaccionario y se situó ante las posiciones fortificadas que defendían el paso del mismo Puente.

La línea del ejército federal se extendía unas doce leguas, cubriendo todos los pasos del Río Grande, desde el Puente de Tololotlán hasta Poncitlán. Se encargó de la defensa de dichos puntos el general en jefe con la primera y segunda brigadas de la primera división al mando de los generales Rocha é Iniestra respectivamente, teniendo á la izquierda una brigada de Michoacán á las inmediatas órdenes del general José María Arteaga. La derecha se encomendó á los generales Coronado y Blanco jefes de la división del Norte, con las fuerzas de la misma, seguían en la prolongación de la línea el coronel Mariano Escobedo, y una brigada de Michoacán, con su jefe el general Eutimio Pinzón, que ocupaba el extremo derecho de la línea de defensa, en el paso de Poncitlán.

En la madrugada del día once de diciembre, rompióse el fuego de artillería, y al amenecer lanzó Miramón una columna fuerte sobre el Puente de Tololotlán que fué arrollada por la metralla de los defensores del paso, poco después repitió el ataque con mayor ímpetu; pero con igual suerte. Entonces retiró Miramón ocultando el rumbo que tomó y fué á pernoctar al rancho de Coyotes, á cinco leguas del río, punto casi equidistante entre los extremos de la línea defendida. El día doce presentóse Miramón ante las posiciones de Poncitlán, forzó el paso del río, después de haber sido valientemente

te defendido el punto hasta entrada la noche. El trece pasó el río la artillería, ochocientos jinetes y dos mil infantes de Miramón. Pinzón se retiró para Atequiza, é incorporándose con el general Blanco y después con el general Coronado, organizaron una columna que se compuso de tres compañías de *Rifleros*, los cuerpos *Lanceros de Jalisco* y de *Chihuahua* y de las brigadas de Coronado y de Pinzón, al mando de Blanco, y salieron al encuentro de Miramón.

A una legua de Poncitlán el día catorce se encontraron ambos enemigos, en los momentos en que los liberales recibían orden de replegarse, y en cumplimiento de la orden, se batieron en retirada no sin rechazar los ataques que recibieron, llevándose casi todos sus trenes y artillería, perdiendo, sin embargo, algunos prisioneros, los cuales según el parte que dió Miramón el dieciseis, *fueron pasados por las armas todos los que fungían como oficiales.*

Hé aquí el parte aludido:

"República Mexicana.—1er. cuerpo del ejército.—General en jefe.—Excmo. Sr.:

Tengo el honor de participar á V. E. para su satisfacción, la del Excmo. Sr. Presidente y la de la Nación toda, que el día 12 del presente, por un movimiento de flanco, forcé el paso del río de Santiago por el pueblo de Poncitlán, desalojando de él al faccioso Eutimio Pinzón que lo ocupaba con mil hombres y tres piezas de artillería. El día trece pasé mis cañones y parte de mis parques con ochocientos caballos y dos mil infantes, habiendo dejado al otro lado del río á la brigada del Sr. general Moreno; el 14, habiéndose presentado el enemigo en el pueblo de San Miguel, una legua de distancia de Poncitlán, en número de cuatro mil hombres, fué batido por mis valientes soldados en una extensión de cinco leguas, dejando en mi poder varias piezas de artillería, armas, parque y un sinnúmero de prisioneros, ordenando fuesen fusilados todos los que fungían como oficiales.

La dispersión que el enemigo ha sufrido fué completa; más como la guarnición de Guadalajara, unida á la llamada brigada del traidor Echeagaray que custodiaba el Puente, y á una fuerza de 800 hombres que merodeaba por Ixtlahuacán, se han dirigido con 13 piezas, 20 carros y todos los cabecillas, para Colima, sólo daré dos días de descanso á mis tropas y volaré en su persecución.

Las pérdidas del ejército de mi mando, si no han sido de consi-

deración por su número, pues no llegan á 200 hombres las bajas que he tenido entre muertos, heridos y dispersos, sí lo son respecto á mis jefes y oficiales, de los cuales tengo 20 heridos, entre ellos el señor general Don Marcelino Cabos, el jefe de la primera brigada de caballería coronel Don José Joaquín de Ayestarán, el teniente coronel Don Lorenzo Búlness, y capitán de mi estado mayor Don Luis Alvarez.

Luego que mis ocupaciones me lo permitan, daré á V. E. el parte detallado de lo ocurrido, renovándole con este motivo las consideraciones de mi aprecio.

Dios y Ley. Poncitlán, diciembre 16 de 1858.—Miguel Miramón.—Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina."

Como inmediata consecuencia de esos acontecimientos los liberales evacuaron la plaza de Guadalajara retirándose para el Sur á hacerse fuertes en las barrancas y el ejército reaccionario ocupó dicha ciudad.

Diversas apreciaciones se han hecho sobre los combates del Puente de Tololotlán, Poncitlán y San Miguel, y las menos apasionadas son las que posteriormente hizo el general Blanco rectificandolas aquellas; son las siguientes:

«Sabido es que el fatal golpe de Estado del incauto y desgraciado Comonfort, poniendo en manos de los enemigos del orden constitucional, con la administración pública, todos los elementos del poder, redujo á los liberales á un predicamento muy desventajoso respecto de sus contrarios. Sin rentas, sin almacenes, sin plazas fuertes donde poderse defender, bien organizarse y disciplinarse y formar depósitos que los abastecieran para la guerra, se veían precisados á sostenerla con tropas colecticias, mal armadas y sin suficientes municiones, de que resultaba que muchas veces no prosiguiesen campañas empezadas bajo buenos auspicios, combates y otras empresas de probable y tal vez indefectible buen resultado llevados á cabo; pero que no les era esto posible por falta de subsistencias, de parque, ó por otras causas consiguientes ó insuperables en la situación de penuria en que siempre se encontraban.

«Venciendo estas dificultades con el genio que ha hecho de él un tipo de heroica y proverbial constancia, el general Degollado pudo presentarse con un cuerpo de ejército á las goteras de la ciudad de Guadalajara y tomarla por asalto después de muchos y muy

repetidos combates, no obstante que la defendía tras de fortificaciones una guarnición numerosa y bien pertrechada. Triunfante, pero con el parque agotado, mucho armamento descompuesto y su cuerpo de ejército disminuido y maltrato, le fué preciso dar punto allí á las operaciones para comensarlas de nuevo cuando consiguiera reponerse, para lo cual necesitaba más que el enemigo, porque tenía que empezar por crearse recursos para emplearlos después en su objeto, desde procurarse las primeras materias y fundar establecimientos, siquiera provisionales, de construcciones militares; mientras que aquél le bastaba dar aviso á su gobierno para que de sus plazas y almacenes le surtiera de cuanto necesitara. Así es que hizo mucho cuando al avanzar el enemigo para recuperar la plaza de Guadalajara, pudo salirle al encuentro con su ejército repuesto y suficientemente municionado para una batalla decisiva; pero sin parque de reserva porque el tiempo ó los recursos no le alcanzaron para esto.

«Las brigadas de los generales Rocha y Pinzón, la del primero en el ataque del puente y la del segundo en la defensa del paso de Poncitlán, habían consumido mucha parte de su parque y casi se les acabó en las descargas que hicieron á la caballería enemiga, cuando persiguiéndome cayó entre ellos, y en la resistencia que opusieron á los dos ataques en columna, de la infantería. Aprovechando el tiempo que el enemigo les dió mientras pretendía flanquearnos, dichos generales y el general Coronado pudieron hacer un reconocimiento de sus municiones, y calcularon tener á sus soldados provistos á cuatro ó cinco cartuchos por plaza, con excepción de una parte de la división del Norte que tenía parque especial, pero que por esta misma circunstancia no podía participar á las demás fuerzas. Conferenciaron, y acordaron retirarse, como lo más prudente, ya fuese que el enemigo lo hiciera también, porque desprovistos de municiones no podrían perseguirlo, ó que volviera á la carga, en cuyo caso sería una temeridad resolverse á esperarlo en aquella situación. Hube estos pormenores del general Coronado manifestándole extrañeza de que se hubiera retirado él y los otros generales con sus fuerzas, del campo de la acción, en ocasión en que todas las probabilidades de victoria estaban de nuestra parte y casi como decidida en nuestro favor, así como de que no me hubiere avisado de su retirada; asegurándome acerca de esto que lo había ver-

ficado con uno de sus ayudantes, cuya explicación era bastante para que yo quedara satisfecho, no siendo mi objeto averiguar la causa de que su enviado no me hubiera llevado el aviso, sobre todo, cuando de esto no se había originado mal ninguno.»

Al partir Miramón para el Sur. en persecución de Degollado, dió las siguientes proclamas:

«Miguel Miramón, general en jefe del primer cuerpo del ejército de operaciones, á los habitantes de Guadalajara:

«Conciudadanos: Si la larga distancia que me separaba de esta hermosa ciudad y los distintos acontecimientos de la guerra me privaron del placer de auxiliar á vuestros defensores tan pronto como lo deseaba, después he venido para libertaros del yugo que sobre vosotros hacía pesar un partido que, evocando libertad y orden, hace sufrir á aquellos que llega á gobernar, el despotismo más absoluto: vosotros lo habéis palpado en los pocos días que han manejado las riendas del gobierno de este Departamento. Convencíos de que el verdadero progreso, las verdaderas garantías y la verdadera igualdad ante la ley, no es esa turba de aventureros la que os la ha de proporcionar; no, y mil veces no: venid hacia nosotros, y encontrareis esos bienes que tanto ansiáis y que por conseguíroslos trabajáis incesantemente; pero para obtenerlos es preciso la paz, y esta no se puede lograr sino cooperáis á ella con vuestro buen juicio, con vuestro acatamiento á la ley.

«Haré que la mano de la justicia pese siempre sobre los culpables que intenten provocar ó alentar las disenciones del país; pero los hombres de orden hallarán protección y garantías entre nosotros y yo, conciudadanos, me vanagloriaré si llego á lograr que convencidos de mis sentimientos, me ayudéis á llevarlos á completa estabilidad.

«Aceptad, pues, las leyes cuales buenos ciudadanos; dedicaos solo al trabajo, fuente de la riqueza de todo país, y entonces la patria os bendicirá, y os prometo ser vuestro sostén hasta derramar la última gota de mi sangre. Esto es lo que desea vuestro amigo y compatriota.—Miguel Miramón.»

«¡Soldados! En menos de tres meses habéis librado dos batallas campales, en las que vuestra disciplina y valor os han dado la victoria; habéis atacado fuertes posiciones, atravezando ríos defendidos por un triple número de soldados enemigos, batiendoos en una

proporción de uno contra tres; habéis llevado siempre vuestras armas triunfantes y vengado la sangre de vuestros jefes y hermanos vilmente asesinados.

«¡Soldados! Me enorgullezco en mandaros, pero aun faltan nuevos laureles que alcanzar, nuevas fatigas y obstáculos á que sobreponeros para lograr la paz y la tranquilidad de la patria, de la cual soís el sostén. Mostraos como hasta aquí subordinados é intrépidos; mostraos dignos de ser llamados los defensores de las garantías, y de pertenecer al primer cuerpo del ejército de operaciones, y cada vez se enorgullecerá más y más en mandaros vuestro amigo y general.—*Miguel Miramón.*—Guadalajara, Diciembre 18 de 1858.»

Salió luego Miramón á ponerse al frente de sus tropas que ya iban en camino del Sur, dejando el gobierno á cargo del coronel José Quintanilla.

El ejército liberal había tomado las posiciones fortificadas de las barrancas de Atenquique y de Beltrán; pero Miramón receloso por la experiencia adquirida seis meses antes que intentó forzar el paso de la formidable barranca de Atenquique inútilmente, no atacó de frente sino que, por medio de hábiles maniobras burló á los liberales, aparentando con una brigada que los seguía por el camino ordinario, y moviéndose rápidamente con el grueso de sus tropas al flanco izquierdo por el camino que conduce de Ciudad Guzmán á Tecalitlán; atravesó las serranías del Perico, de los Laureles y de la Higuera; cruzó el río de Tuxpan por el paso de los Novillos, con cuyo movimiento estratégico salvó las posiciones donde los liberales esperaban ser atacados, y resultó á la retaguardia del ejército liberal.

Sin disparar un tiro entró Miramón á Colima la mañana del 24 de Diciembre, pues el gobernador Contreras Medellín evacuó la plaza con la guarnición, yendo á incorporarse á Degollado.

En Colima aprehendieron los conservadores al secretario de Contreras Medellín, Lic. Daniel Larios, y conducido que fué la presencia de Miramón, este le preguntó quien era y que cargo desempeñaba: Larios contestó que era diputado por Jalisco al Congreso de la Unión y desempeñaba la Secretaría de Gobierno del Estado de Colima. Miramón mandó fusilarlo en el acto, así como á Encarnación Reyes, alcaide de la cárcel, aprehendido en compañía de Larios. Esos fusilamientos ejecutados sin forma alguna legal, causaron pro-

funda sensación en Colima, pues no se diferenciaban en nada de los asesinatos de que se acusaba á Rojas y á Piélagos y si diferencia había era ella más desfavorable para el caudillo reaccionario.

Larios era un joven muy recomendable por su talento, instrucción y maneras distinguidas; había sido electo diputado propietario por el 4.º Distrito de Jalisco, (Tonalá) al primer Congreso de la Unión con cuyo carácter figuró en la representación nacional.

Habiendo tenido noticia Miramón la tarde del veinticinco de Diciembre, de que Degollado se movía sobre Colima, decidió salirle al encuentro. La madrugada del veintiseis salió Miramón de Colima con sus tropas, y á las ocho de la mañana encontró al ejército liberal que le presenta batalla, posecionado de un bosque y de una barranca, inmediatos á la hacienda de S. Joaquín á ocho kilómetros de Colima. Inmediatamente dispuso Miramón el ataque y se trabó un combate reñido y sangriento: hora y media estuvo indeciso el éxito de la batalla y hubo momentos muy críticos para las armas conservadoras en que la fortuna favorecía á los constitucionalistas hasta que, cambiada por las peripecias del combate, la primera posición de los liberales, presentóse la ocasión de que una terrible carga de la caballería conservadora determinara la derrota [completa] del ejército liberal. Trescientos prisioneros, seis piezas de artillería, únicas que pudieron llevar los liberales de la barranca al sitio del combate, muchas armas y municiones quedaron en poder del vencedor y el campo, según expresión de Miramón en el parte oficial, «cubierto de cadáveres y heridos.»

Sobre el campo de batalla ordenó Miramón que la brigada Liceaga tomase la artillería de las fortificaciones de los liberales de la barranca de Beltrán y persiguiera los restos del enemigo; que una brigada de las tres armas, á las órdenes del general José María Moreno, quedara de guarnición en Colima; que el resto de las tropas regresara para Guadalajara; y el mismo Miramón, con su estado mayor y una escolta respetable, adelantándose á la columna, se puso en camino para la capital de Jalisco.

Degollado y los principales jefes liberales se retiraron para el Estado de Michoacán, yendo herido Contreras Medellín.

Al caer la tarde del día treinta de Diciembre llegó Miramón á Guadalajara: nadie esperaba su regreso tan violento, al considerar la distancia de setenta leguas que media entre dicha ciudad y la de

Colima, el breve tiempo transcurrido y que apenas por correo extraordinario había llegado la noticia del triunfo de San Joaquín. El coronel José Fernández, autoridad política, publicó un bando previniendo que el siguiente día treinta y uno de Diciembre, se solemnizara la llegada de Miramón, aseándose las calles, poniendo cortinas en las ventanas y balcones, cerrándose el comercio é iluminando por la noche las fachadas de las casas y de los edificios públicos, y dicho día fué de fiesta: desde el amanecer recorrieron las calles vítores con músicas; hubo salvas de artillería, cohetes y repiques de campanas en manifestación de regocijo público; se cantó «Te Deum» en Catedral y hubo recepción en el Palacio de Gobierno.

Al mismo tiempo que se solemnizaba el regreso del caudillo reaccionario, recibíase en Guadalajara la noticia de que en las cercanías de la capital y en ella misma, del seno del partido conservador, había surgido un nuevo pronunciamiento.

El general Miguel María Echeagaray, en jefe de la división de Oriente, destinada por el gobierno conservador á emprender campaña sobre Veracruz y tomar la plaza; el día veinte de Diciembre, en el pueblo de Ayotla, á siete leguas de México, desconoció al gobierno emanado del Plan de Tacubaya, y sin adherirse al partido representado por Juárez, ofrecía un programa liberal; tres días después, cuarenta y tres generales reaccionarios (1) en la ciudad de México, de acuerdo con Echeagaray subscribieron un acta, modificando aquel programa, la cual acta se llamó *Plan de Navidad*: en él se desconocía al mismo gobierno reaccionario, proponiéndose el establecimien-

(1) Los jefes indicados fueron: Generales de división.—Ignacio de Mora y Villamil, José Mariano Salas, Pedro Ampudia, Gregorio Gómez, José Antonio Heredia y Manuel Andrade.

Generales de brigada.—Antonio Vixcayno, José María Ortega, Joaquín Rangel, Manuel Alvarez, Pánfilo Galindo, Francisco G. Pavón, Gerónimo Cardona, Benito Zenea, José María G. de Mendoza, Miguel Andrade, Juan Agea, Ramón Morales, Francisco Alcagaya, José Mariano Monterde, Domingo Gayosso, Febronio Quijano y Cayetano Montero.

Generales graduados.—Plutarco Cabrera, Pedro Quintana, Luis Valle, Juan Ordóñez, Mariano Aguado, Francisco Quintero, Francisco A. Segovia, Francisco Gúitán, José María V. de la Cadena, Alejo Barreiro, Manuel Gamboa, Francisco Silva, Miguel Bachiller, Enrique Grimaret, Rafael Espinosa, Ignacio Sierra y Roso, Amalio Alarcón, Francisco Padilla, José Mariano Frías y Manuel María Gil.

to de una administración provisional presidida por una persona que ejerciendo el poder supremo, convocase á la nación para que se constituyera libremente y conforme á las bases orgánicas que se dictarían: esa persona debería ser nombrada por una junta compuesta de individuos de las clases más ilustradas de la República, sin distinción de partidos políticos; la junta sería llamada [por una comisión compuesta de la primera autoridad de la capital que aceptase el plan, una persona nombrada por el jefe de la división de Oriente y otra por el de la guarnición de la plaza de México. La dicha junta debía, en el término de cinco días contados desde su instalación, adoptar las bases antes indicadas, nombrar la persona que había de ejercer el poder supremo; hecho eso y recibido por la misma junta el juramento correspondiente del presidente nombrado, se disolvería en seguida, debiendo invitarse para el desarrollo del plan al jefe de las armas de la capital.

El jefe de la guarnición de México, general Manuel Robles Pezuela, se adhirió al pronunciamiento y mediante un convenio celebrado el veinticinco de Diciembre entre Robles Pezuela y Zuloaga, quedó depuesto Zuloaga del poder supremo y Robles Pezuela con mando de la fuerza armada.

Robles Pezuela pidió á Miramón secundase el Plan de Navidad; este se negó resueltamente como se ve en las siguientes comunicaciones:

«General en jefe de la división de esta capital.—Excmo Sr.— Los males que aquejan á la nación y cuya magnitud nadie puede apreciar mejor que V. E., exigen imperiosamente que los hombres de verdadero patriotismo y de recta intención, se ocupen desde luego y sin pérdida de momento de reconstituirla y de reparar los desastres producidos por la guerra civil, y que amenazan llevarla al último término de su ruina.

«La administración del general Zuloaga, como V. E. comprenderá, era la menos apropiada para obtener aquel importante resultado. Sin prestigio de ningún género, porque no supo aprovechar el entusiasmo general de todas las clases de la sociedad, en los primeros días de su aparición en la escena pública; sin recursos algunos, porque tampoco tuvo tino para crearlos ó adquirirlos; sin el tacto necesario para haberse aprovechado de las reiteradas y espléndidas victorias del ejército y convertirlas en un poderoso agente

para dominar y sujetar la situación en provecho de la causa del orden y zanjar los cimientos de la paz; todo esto unido á otra porción de causas que no pueden ocultarse al ilustrado juicio de V. E. hacían de todo punto imposible la permanencia de la administración indicada. Así es que, la guarnición de esta capital, no queriendo hacerse culpable ante la sociedad de mantenerse fría espectadora de las calamidades que la oprimían, extendió el 23 del corriente el acta de que tengo el honor de incluir á V. E. ejemplares.

«Colocado á la cabeza de estas fuerzas por una distinción de que me sería perdonable envanecerme, estimo como mi primero y más horífico deber, dirigirme á V. E., excitando, como lo hago, su patriotismo nunca desmentido, para que secunde y sancione con su adhesión y la de las tropas de su mando, el paso dado por sus hermanos de armas en la capital, cooperando con todo el poder é influencia que reúne por su carácter personal, por su elevada posición y por el mando que ejerce con tanto acierto, al desarrollo del Plan de esta capital; asegurando de paso á V. E. que la opinión pública es aquí de todo punto favorable á la sana intención que lo dictó, y que en ese documento está cifrada la esperanza de todos los buenos hijos de la patria.

«Con toda la sinceridad de mi carácter, aseguro á V. E. que me habría sido altamente satisfactorio que V. E. hubiera concurrido, así á la formación de ese programa de regeneración del país, como á ejercer el acto demarcado en el art. 3.º, del mismo modo que han de verificarlo los Excmos. Sres. gobernador del Distrito, general en jefe de la división de Oriente, y el que suscribe; pero no dando lugar á la larga distancia en que se halla operando V. E., abrigo la lisonjera esperanza de que pondrá el sello á esta obra de conveniencia pública, acordando un franco asentimiento.

«V. E. sabe muy bien que los hombres eminentes, en cualquier línea obtienen siempre de sus compatriotas todo el respeto, admiración y aprecio que han sabido conquistar por los hechos que los ilustran; y yo que estoy persuadido que la República de México, jamás reelegirá á la indiferencia al joven general que con tanta gloria conduce sus armas por todas partes.

«Réstame sólo, para concluir, manifestar á V. E. que la confianza que poseo de su acrisolado patriotismo y de su buen criterio, me hace alejar de la mente, hasta la sospecha más remota, de que un

acto de incorformidad con lo que aquí se ha obrado, pudiera producir una escisión entre el ejército nacional, porque esto sería el desastre mayor que pudiera ocurrir á la patria, como que triunfando entonces sobre los verdaderos intereses de la sociedad sus encarnizados enemigos, nos conduciría como por la mano á la pérdida evidente de nuestra nacionalidad.

«Suplico á V. E. se sirva meditar con detenimiento ésta comunicación y los documentos adjuntos, y recibir la expresión ingenua de mi afectuosa consideración.

Dios y Libertad. Méjico, Diciembre 25 de 1858.—*Manuel Robles Pezuela*.—Excmo. Sr. general Don Miguel Miramón, en jefe del 1er. cuerpo de ejército.

Respuesta de Miramón:

«Primer cuerpo de ejército.—General en jefe.—Excmo. Sr.—Me he impuesto del oficio de V. E. fecha 25 del presente, en el que me invita á secundar y sancionar con mi adhesión y la del primer cuerpo de ejército de mi mando, el pronunciamiento efectuado en esa capital; y después de meditar detenidamente las razones que le impulsaron, tengo el sentimiento de manifestarle, que lejos de hallar una sola que apoye la sana intención que V. E. me asegura que movió á sus autores á dar un paso de tal naturaleza, por el contrario, lo encuentro inoportuno, impolítico, contrario á la opinión de los buenos hijos de Méjico, y absolutamente perjudicial á la nacionalidad de la República; por lo tanto, con la sinceridad que me es característica, aseguro á V. E., que lejos de adherirme á ese programa de destrucción, lo contrariaré con toda la fuerza de mi voluntad.

«Llama ciertamente la atención, que cuando el ejército de mi mando ha destruido una á una las principales reuniones de la demagogía, reparando los desastres producidos en las poblaciones, por los bandidos que se ocupan exclusivamente del robo de las propiedades, para formar y acrecentar las fortunas de sus caudillos, hoy se hagan estériles los inmensos sacrificios emprendidos por la gente sana de la sociedad; se desprecie la sangre vertida por los beneméritos jefes y oficiales, que se han sacrificado para sostener tan noble causa, y se les nivele á los asesinos y ladrones que sin antecedentes de ningún género, se hallan condecorados con altos empleos militares.

«En el plan que V. E. me ha adjuntado, no se percibe si no la